



SIETE MOTIVOS

PARA

~~**ODIAR**~~

AMAR

LA NAVIDAD



Noni García

**NG
BOOKS**

**Siete motivos
para odiar amar
la Navidad**

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *Siete motivos para ~~odiar~~ amar la Navidad*

Serie: *Fechas para amar*

Copyright © 2023 – Noni García

Diseño de portada y contraportada: *NG Books SCE*

Corrección: *NG Books SCE*

*Dicen que la amistad es
un largo camino, y el nuestro
fue de 2140 kilómetros.
Sin vosotras, ese viaje nunca
hubiera sido el mismo.*

1

Mi nombre es Inma, bueno, Inmaculada Concepción de todos los Santos Mártires, Jesús Resucitado, nuestra Señora del Carmen y Encarnación Coronada Rodríguez Benítez, pero eso solo es en la partida de nacimiento y en la de bautismo, para el resto del mundo, Inma o Inmaculada.

Mi vida es una caca de vaca, por no decir una mierda, que queda más feo, y cuando te cuente mi historia, tendrás que darme la razón sin remedio.

Llegué al mundo un 25 de diciembre, sí, en plenas fiestas navideñas, y mi madre me puso ese nombre en agradecimiento a todos los santos que contiene, ya que, a sus cincuenta y cuatro años, estaba más que resignada a morir sin descendencia.

La felicidad fue plena, como podréis imaginar, aunque le duró poco, ya que el día 28, mi padre, que Dios lo tenga en su gloria... No, no murió ese día, sino que la abandonó por una jovencita de apenas veinte años con la que tuvo tres hijas más. Morir murió hace unos tres años, se lo llevó el coronavirus, pero lejos de dejarme la gran fortuna que él heredó de mis abuelos, lo que me legó fue tantas deudas que mis hermanas y yo tuvimos que renunciar a la herencia.

El mismo día que cumplí cinco años, a mi madre le dio un siroco y se tiró por una ventana, delante de mí, al grito de: «Rogelio, eres un cabrón por dejarme, mi vida ya no tiene sentido».

Pensarás que Rogelio era mi progenitor, pero no, mi padre se llamaba Carlo, italiano por parte de madre y congoleño por la parte paterna, y si se casó con mi madre, que tenía quince años más que él, fue para que mis abuelos no lo desheredaran, no porque estuviera enamorado de ella. A ver, que me desvíó, la cuestión es que Rogelio era el psiquiatra de mi madre, que tuvo a bien el hombre darle el alta tras la depresión que le provocó el abandono de mi padre y retirarle la medicación. A la vista está que se equivocó de lleno, porque dos días después de abandonar la consulta, mi madre acabó espachurrada sobre la acera, y no, no murió, fue mucho peor, se partió las dos piernas y los dos brazos, así que mi padre tuvo que llevarme a vivir con él y con su nueva familia. Por aquel entonces, ya tenía dos hijas y la tercera estaba en camino.

Ni qué decir tiene que, después de aquello, mi padre movió cielo y tierra para conseguir la custodia total y que no volviera a vivir con mi madre, y lo consiguió. Ningún juez en su sano juicio se la habría negado después de lo que había sucedido.

Sé que estás esperando que te diga que, desde ese momento, mi vida fue un infierno, que mi madrastra me hizo la vida imposible y mis hermanas también cuando fueron creciendo, vamos, que me convertí en una cenicienta... Pues no, no fue así, Rita, a pesar de su juventud cuando llegué a su vida, me acogió como una más de sus hijas. Esa mujer es lo único bueno que me ha pasado, ya que cuando yo contaba con quince años y ella con treinta y cinco, a mi queridísimo padre se le cruzó otra de veinte y la dejó tirada con las tres niñas y conmigo, y en ningún momento pensó en deshacerse de mí.

—Inma, cariño, ¿qué te queda?

—Ya voy, Rita, estoy terminando de ponerme los zapatos.

Tengo que irme a trabajar, en otro momento os sigo contando mi historia. La Navidad está cerca, con ella mi treinta y cuatro cumpleaños, y ahora es cuando más trabajo tengo. La gente

está demasiado ocupada con los preparativos, las comidas de empresa y viajes para celebrarlo en cualquier país exótico como para preocuparse de sus mayores, y es a nosotras a las que nos toca suplir sus ausencias, cuidarlos y darles el cariño que sus propias familias no les dan.

Y este es uno de los siete motivos por los que odio la Navidad.

2

Mi nombre es Lucciano Ricci García. Soy medio italiano, como bien habrás podido adivinar, y estoy afincado en Madrid, aunque ahora mismo voy de camino a un pequeño pueblo de Granada llamado Maracena, donde vive mi abuela Encarna, madre de mi madre, mi rama española.

Si te digo que soy rico, estaría faltando a la verdad, porque lo cierto es que soy asquerosamente rico, mi cuenta del banco tiene tantos ceros que ya no sé ni cómo se dice la cifra. Sin embargo, por mucho traje caro que vista y que ahora mismo conduzca mi coche de alta gama mi chófer, por dentro, sigo siendo la misma persona humilde que se crio con su abuela en un pequeño pueblo del sur de España.

La vida siempre me ha sonreído. Nací en un matrimonio joven lleno de amor. Mi padre se enamoró de mi madre cuando estudiaban en la universidad, amor a primera vista, y a pesar de que mis abuelos paternos no querían que la relación prosperara entre ellos, debido a que ella era una persona humilde y sin recursos, a él le importó poco y se casaron en secreto para su familia por lo civil, y no dudaron en empezar a buscar descendencia pronto. Tanto que en el último año de universidad, yo ya estaba en el mundo, mis abuelos desheredaron a su hijo, y los tres vivimos con mi abuela Encarna hasta que cumplí los diez, cuando la empresa que montaron mis padres empezó a generar tantos ingresos y expandirse de una forma tan vertiginosa que tuvimos que trasladarnos a vivir a Madrid.

Pero eso no quitó que cada Navidad volviéramos al pueblo, aunque por culpa de un conductor borracho, desde hacía cinco años, viajaba sin ellos. Mi hermana Isabel y yo fuimos los únicos que sobrevivimos a aquel accidente que le costó la vida a mis padres y mi hermano Samuel.

—Lucciano, deja de darle vueltas a la cabeza.

—Es inevitable, Isabel. Hoy hace cinco años que nos dejaron.

—¿Crees que no lo sé? Pero nos falta poco para llegar al pueblo, y la abuela no nos necesita tristes en un día como este.

—Tienes razón... ¿Sabes?, he estado pensando en que, ahora que todo se hace de forma telemática, quizá me venga a vivir al pueblo.

—¿En serio? ¿Y qué voy a hacer yo sola en Madrid?

—He visto un terreno cerca del pueblo. Es muy grande, tanto como para albergar dos casas independientes...

—¡Podríamos vivir juntos! ¡Qué ilusión! —exclama con una efusividad que me deja perplejo.

—¿Y crees que David...?

—¿David? A David lo mandé a tomar por culo ayer... Tenías razón, Lucci, es un gilipollas que no me valora, y me niego a tener a alguien así a mi lado.

—¿Y ese cambio de opinión con respecto a él? Hasta donde yo sé, era el hombre de tu vida...

—No me siento preparada para hablar del tema. Además, mira, ya estamos llegando, y la abuela nos espera en la puerta.

Nos bajamos del coche y dejo que sea ella la que reciba el primer abrazo de nuestra abuela, que le llene de besos la cara y le diga que está más flaca que la última vez, a lo que Isabel siempre contesta con un resoplido, porque sabe que intentará que engorde unos kilos antes de

que volvamos a Madrid.

Yo prefiero quedarme el último porque así puedo disfrutar de ella durante todo el tiempo que quiera. Su calor, su aroma, ese sentimiento de estar en mi hogar que desprende la que puedo considerar la persona más importante de mi vida, la que da valor al término familia. Estos días junto a ella son los que me dan fuerza para afrontar el resto del año.

Este es el primero de los siete motivos por los que amo la Navidad.

3

Llamo al timbre mientras veo a Encarna abrazar y achuchar a un tipo alto. No tengo ni idea de quién es, aunque debe ser de su familia, se nota el cariño que le tiene, y a la joven que está a su lado también, ya que la ha unido al abrazo colectivo.

—Buenos días, preciosa —me saluda Luisa, que ha abierto la puerta y ni me he dado cuenta—. Anda, pero si ya han llegado. Vamos, acompáñame, que voy a saludarlos.

—Buenos días, Luisa. Venga, agárrese a mi brazo, que no lleva el bastón y puede caerse.

—Pero mete primero tu maleta, no la dejes en mitad de la calle.

Hago lo que me pide la buena mujer, porque aunque sé que nadie va a robarla, tiene razón. Es mejor dejarla dentro.

Nos encaminamos hacia la casa de Encarna, que es su vecina puerta con puerta. Me la presentó el día que vine a conocer a Luisa y firmar el contrato con su hijo, que en este momento debe estar ya en el aeropuerto de Madrid dispuesto a coger un vuelo en dirección al Caribe con el ligue de turno. Me recordó tanto a mi padre cuando lo conocí que a punto estuve de no aceptar el trabajo, pero es que esta mujer es un encanto, y se veía a leguas lo falta de cariño que está por parte de su familia.

—Lucciano, *bambino*, ¡qué alegría verte!

—Nana Luisa, ¡cada día estás más guapa!

—Tan adulador como siempre —le dice mientras recibe un abrazo, a todas luces, cargado de cariño—. Anda, déjame abrazar a tu *sorellina*.

Luisa suelta al hombre alto y se dirige a la joven que está junto a Encarna. Es guapa a rabiar, con unos impresionantes ojos verdes iguales a los de su abuela y una sonrisa idéntica a su hermano.

—Venid, muchachos, que voy a presentaros a Inma, mi cuidadora hasta que el descastado de mi hijo vuelva de su viaje. Ellos son Lucciano e Isabel, los nietos de Encarna, los que te dije que vienen todos los años a pasar las Navidades con su abuela.

—*Un piacere. Io sono Inma* —los saludo en su lengua, porque deduzco que son italianos por el nombre de él y la forma de llamarlos de Luisa. Llevo años sin practicar el idioma, exactamente desde el día que cumplí los dieciocho años, cuando...

—*Parla italiano?* —pregunta la joven, que debe tener unos años menos que yo, sacándome de mis pensamientos.

—*Sì, mia nonna era italiana.*

—¡Qué guay! —exclama ya en castellano—. Nuestro padre también.

Isabel me da dos besos con entusiasmo, no como el estirado de su hermano, que también me los da, pero con una frialdad que no entiendo. Aunque no tardo mucho en hacerlo.

—Señor, ¿dónde dejo sus maletas? —pregunta un hombre vestido impecablemente con traje de chaqueta con el equipaje que deduzco será de ambos hermanos.

—Déjalos aquí, Miguel. Avísame cuando estés de regreso en Madrid, y recuerda que te esperamos el 10 de enero para hacer el viaje de vuelta.

—No regreso a Madrid, señor. Voy a pasar la Navidad en Granada en casa de unos amigos de la universidad —comenta mientras el tal Lucciano casi lo ignora mirando su teléfono.

—Cierto, no lo recordaba —dice cuando lo bloquea—. Acabo de enviarte un pago extra por el servicio del viaje. Espero que disfrutes de las fiestas.

—Gracias, señor —responde antes de dirigirse al vehículo, no sin antes dedicarle a Isabel una dulce sonrisa que habla más de lo que calla.

El chófer se sube al coche y desaparece de nuestra vista. Observo durante un segundo más al tipo que tengo delante. Está claro que se trata de otro espécimen parecido al hijo de Luisa.

Otro rico más que no duda en hacer uso del dinero como señal de agradecimiento cuando llega esta época del año, cuando muchas veces es preferible unas palabras cargadas de cariño y buenos deseos.

Y aquí tenemos el segundo motivo por el que odio la Navidad.

Casi me da un infarto cuando la he escuchado hablar con ese perfecto acento italiano. Ha cambiado mucho desde entonces, tanto que casi no la he reconocido, y parece ser que ella a mí tampoco, o ha ignorado que nos conocemos deliberadamente, cosa que me jode más todavía. Porque, al parecer, para ella fue una noche más de sexo y yo no he podido olvidar lo que vivimos durante unas horas.

—Oye, ¿por qué te ha cambiado el carácter cuando hemos saludado a esa chica? —me pregunta Isabel, que es la persona que mejor me conoce en el mundo

—No sé de qué me hablas —intento despistarla, aunque sé que no voy a conseguirlo.

—Lucci...

—Vale, al escucharla hablar en nuestro segundo idioma, he recordado que olvidé mandar un correo muy importante a un cliente que es italiano.

—Hermano, que estamos de vacaciones... Anda, manda el dichoso correo y desconecta de una vez, por favor.

—Sí, solo tardo unos minutos.

Abandono el salón tirando de mi maleta y me dirijo a mi dormitorio, el mismo que tuve hasta que nos mudamos. Mi abuela ha seguido manteniéndolo para mí, así tenga visita.

Me tumbo en la cama y la imagen de la chica de hace dieciséis años viene a mi cabeza. Era preciosa, sin lugar a duda, pero los años le han dado la belleza de una mujer, no de la inocencia que mostraba con sus recién cumplidos dieciocho años.

Espero que lo que haya pasado es que no me ha reconocido, porque tiene que ser cosa del destino que hayamos vuelto a encontrarnos. Lo que no entiendo es qué hace cuidando ancianos, recuerdo que me dijo que estaba en primero de Enfermería.

—Lucciano, mi niño, ven a la cocina, he hecho tus galletas favoritas.

El llamado de mi abuela hace que deje de pensar en Inma, ya que mi estómago ha protestado al escucharla y mi boca ha comenzado a salivar.

Llego a la cocina rápidamente, y mi abuela suelta una carcajada al ver cómo siguen llamando la atención ese manjar que ni en las mejores pastelerías del mundo he conseguido encontrar.

Nos sentamos los dos alrededor de la mesa de la cocina, y cuando voy a coger una de las galletas, mi abuela me da un tortazo en la mano.

—Agrrr, abuela...

—Espera a que tu hermana termine de hacer el café, que en el poco tiempo que tarde, eres capaz de comértelas todas y dejarla sin ninguna.

—Di que sí, abu, que siempre hacía lo mismo cuando éramos pequeños.

—Pero entonces era un niño —me quejo, porque es algo que me restriegan cada Navidad cuando nos sentamos alrededor de la mesa el día que llegamos.

—Se ve simpática Inma, la chica que cuidará esta Navidad a Luisa.

—Sí, es muy maja. Algo reservada, pero buena persona, igual que su madrastra y sus hermanas.

—¿Madrastra? —pregunto intrigado sin poder evitarlo.

—Es una larga historia la de esa chica, que comenzó hace casi treinta y cuatro años un 25 de

diciembre cuando llegó al mundo... Pero, bueno, sabéis que no me gusta andar de chismosa, así que no...

—Abu, no puedes soltarnos esas cosas y después no contarnos nada.

—En eso tengo que darle la razón a mi hermana —agrego, ejerciendo también presión sobre ella para que nos lo cuente todo.

—¿Ya está listo el café? —pregunta mi abuela, a lo que mi hermana no responde, simplemente deja los tres vasos sobre la mesa—. Pues venga, sentaos y disfrutad de las galletas, que mientras os cuento la historia de Inma.

Mi hermana y yo nos sonreímos, siempre conseguimos todo lo que queremos de nuestra abuela cuando unimos fuerzas, no puede resistirse.

Llevamos las manos al plato, le damos el primer bocado a la galleta y gemimos de auténtico placer justo antes de que empiece un relato que me hará conocer mejor a la mujer que no ha salido de mi mente desde que la conocí.

Termino de comérmela de un bocado más, y sin haber tragado todavía, cojo otra del plato.

Estas galletas saben a hogar.

Mi segundo motivo para amar la Navidad.

5

Luisa canta en la cocina mientras prepara un bizcocho. A pesar de que a la pobre mujer le falla un poco la pierna izquierda todavía por el ictus que le dio hace cinco años, tiene una vitalidad tan arrolladora como su vecina Encarna.

—Bonita, ¿quieres que te prepare un café? —me grita desde la cocina, y sonrío al escucharla, porque si yo tuviera una abuela o una madre así, jamás pasaría una Navidad sin ella, como es el caso de la vecina.

—Ya voy yo, Luisa, que me toca descanso.

Guardo los cambios en el Trabajo de Fin de Grado, cierro el documento y bajo la tapa del portátil antes de ir en su busca. La veo con el molde en las manos, que tiembla por el tembleque que la asola por su avanzada edad y no dudo en quitárselo para meterlo en el horno, que ya emana calor por haberlo precalentado.

—Gracias, muchacha. Venga, que ya ha subido el café.

Me acerco al fuego y lo apago, contemplando cómo la tapadera de la cafetera italiana golpetea, dejando salir algunas gotas de café y el vapor que hace que toda la estancia huela a hogar.

Sirvo dos tazas, ambas lo tomamos solo y con dos cucharadas de azúcar, y lo llevo hasta la mesa, donde descansa un plato de las irresistibles galletas de Encarna que nos trajo Isabel ayer.

Me cae bien esa chica, aunque no puedo decir lo mismo del estirado de su hermano, que me mira como si le hubiera hecho algo y estuviera perdonándome la vida con tolerar mi presencia. Odio a los hombres así. Bueno, odio a los hombres en general, sobre todo, después de mi dieciocho cumpleaños, cuando conocí...

—¿Cómo llevas el trabajo de clase? —interrumpe Luisa mis pensamientos, arrancándome una sonrisa.

Me hace mucha gracia que llame así a la asignatura más importante de la carrera. Sí, como habrás podido deducir, a mis casi treinta y cuatro años estoy terminando el Grado en Enfermería, pero es que la vida no me lo puso fácil para estudiar cuando debía haberlo hecho. Freno mis pensamientos, prefiero no pensar en aquello.

—Muy bien. Voy con calma. A fin de cuentas, tengo todo el curso para hacerlo.

—Vas a ser una gran enfermera, muchacha. Se nota que lo tuyo es vocación, y toda persona que caiga en tus manos va a estar encantada.

—Muchas gracias, Luisa. Aunque me da que para eso todavía queda. No está la cosa muy bien de trabajo, y las oposiciones no sé cuándo saldrán ni si las aprobaré.

—Confía en ti, niña. A la vista está que puedes conseguir todo lo que te propongas en la vida.

—Bueno, voy un poco tarde...

—Lo importante es llegar a la meta, no importa el tiempo que tardes, y tú siempre llegas.

La miro con la emoción brillando en mis ojos con una lágrima contenida y un nudo en la garganta. Y me hace pensar en Rita, en que hoy todavía no la he llamado, ni a mis hermanas, aunque con ellas hablaré por la tarde, porque Leyre, la mayor, que tiene un año menos que yo, ahora debe estar trabajando; Carmen y Alba deben estar en la universidad, y mi Carola en el instituto.

¿Que quién es Carola? Carola es...

Te lo cuento en otro momento, que acaban de llamar al timbre, deben ser las sobrinas de Luisa, que quedaron en venir a visitarla hoy, de ahí que ya repose un bizcocho que hicimos ayer sobre la encimera, el que tiene en el horno es para llevármelo esta tarde a casa.

Las dos mujeres de unos cincuenta años entran y abrazan a Luisa con un cariño tan falso que me dan arcadas.

Sí, como lo oyes, un cariño muy falso, porque si fuera sincero, yo sobraría en la vida de Luisa, podrían haberse hecho cargo de ella durante estas fiestas, que deben ser familiares, y no tener que contratar a una persona que le haga compañía para que no se sienta sola en días tan señalados.

Son unas hipócritas con todas las letras, y esto es algo que me enerva. Así que cojo mi portátil, los apuntes y me voy a la cocina cuando les sirvo un café y un trozo de bizcocho.

Y aquí tenéis el tercer motivo por el que odio la Navidad.

Desperto y me desperezo en la cama. Normalmente, a las seis de la mañana, ya estoy levantado, pero es caer en esta cama y dormir como si volviera a mi niñez.

El inconfundible sonido de los niños de San Ildefonso cantando los números de la lotería nacional llega hasta mí, y el aroma a café y pan recién hechos también, por lo que doy un salto del colchón y me dirijo rápidamente al baño para llegar a la cocina cuanto antes, que Isabel es capaz de arrasar con todo lo que haya preparado la abuela antes de que yo llegue.

No, no soy exagerado, mi hermana come como una lima sorda. Si no fuera por nuestra genética, tendría que matarse en el gimnasio para conservar la figura, aunque no le vendría mal engordar un poco, últimamente está más delgada que de costumbre, pero estoy seguro de que tras casi un mes con la abuela, volverá a recuperar el peso que estoy seguro ha perdido por culpa del gilipollas con el que estaba.

—Buenos días, mi rey —me saluda mi abuela cuando me ve.

—Buenos días, abu.

—Venga, siéntate, que ya está todo listo.

Hago lo que me pide y deja delante de mí un par de rebanadas de pan que todavía echa humo, el vaso de café y la mantequilla. Ni el desayuno más caro que haya probado se puede igualar a la sencillez de este, daría lo que fuera por desayunar cada mañana algo tan simple y exquisito a la vez, sobre todo, por la compañía. A pesar de que hace más de veinte años que no vivo con ella, sigo extrañando verla cada mañana y recibir uno de sus besos.

Los pasos acelerados de Isabel se escuchan por el pasillo, y no tarda en entrar por la cocina como un vendaval e ir directa hasta nuestra abuela y llenarla de besos.

—Buenos días, princesa —le dice mi abuela, y sé la respuesta que viene a continuación, porque es la que le ha dedicado toda la vida, desde que empezó hablar.

—Buenos días. ¿Cómo se ha levantado hoy la reina de mi vida?

—He tenido días mejores, mi niña. La edad no perdona, y el reuma tampoco.

—Pues hoy no vas a hacer nada más, para eso están aquí tus nietos, para mimarte y cuidarte como te mereces.

La conversación entre ambas se ve interrumpida por el sonido del timbre, y me levanto a abrir antes de que me lo pida mi abuela, ya que así ha sido toda la vida.

Abro la puerta y me encuentro con quien menos me apetece ver. La mujer que no sale de mis pensamientos desde que puse un pie en Maracena, la que no se acuerda de quién soy y lo que hubo entre nosotros cuando yo no he sido capaz de olvidarla.

—Hola —me saluda risueña—. Luisa os manda esto —dice, tendiéndome un plato tapado con papel de aluminio que sé muy bien qué es.

—¿Inma? —pregunta mi abuela desde la cocina.

—Sí, Encarna, he venido a traerle... —comienza a decirle en voz alta, pero se ve interrumpida.

—Pasa, hermosa, que tengo galletas para ti y para la niña.

Me hago a un lado para que pase, y no necesito indicarle el camino. Al parecer, no es la primera vez que entra en la casa y la conoce muy bien.

La niña... Imagino que se refiere a una de sus tres hermanas, aunque la abuela nos contó que ya eran mayores. Tampoco me extraña que llame a la chica así, porque a nosotros, a pesar de nuestra edad, nos lo sigue diciendo.

Lo que me recuerda que no terminó de contarnos la historia de Inma, se quedó en que su padre volvió a abandonarla, dejándola al cargo de Rita, su madrastra. A ver si después le preguntamos y termina de ponernos al día. Que es por puro cotilleo, no porque me interese, no te equivoques.

—Ay, Encarna, muchísimas gracias. Seguro que se las come todas en cuanto caigan en sus manos y no deja ninguna para sus...

—Mañana os hago otra tanda, no te preocupes.

—Bueno, tengo que irme, imagino que las sobrinas de Luisa deben estar al irse. Muchas gracias por las galletas, y espero que os toque la lotería.

Mi abuela ríe y se despide de Inma con dos besos y un abrazo. La acompaña a la puerta, y cuando vuelve, se sienta con nosotros a tomar un café, ella hace horas que habrá desayunado.

No hablamos, solo escuchamos la vieja radio que descansa sobre la encimera. Hoy es un día de ilusión y esperanza. Hoy todos esperan que el gordo caiga en sus casas.

Y este es el tercer motivo por el que amo la Navidad.

Son las ocho de la tarde y Carola aún no ha llegado. Vale que no salgo de trabajar hasta las nueve, pero no puedo evitar preocuparme, a pesar de saber que estará en la librería haciendo la lista de libros que quiere para Reyes.

—Tranquila, Inma, sabes que no le va a pasar nada, todo el pueblo la conoce.

—Ya lo sé, Luisa, pero es mi hija. Tú también eres madre, así que tienes que entenderme.

—Y te entiendo, pero está aquí, no ha ido a Granada. Si te quedas más tranquila, llámala.

—Cualquiera la aguanta si la llamo, está en plena adolescencia y todo le sienta mal. Dice que me preocupo demasiado.

—Anda, distráete preparándome uno de esos revueltos que te salen tan ricos.

—Claro que sí. Ahora mismo me pongo.

Dejo a Luisa en el salón y me voy a la cocina. Enciendo la radio para que la música me haga compañía y saco los ingredientes de la nevera para empezar a cocinar.

Estoy salteando los champiñones cuando comienzan a sonar los acordes de una canción que conozco demasiado bien y se me cae la cuchara de madera que estoy usando. Es el efecto que siempre causa en mí *Cuando tú vas*, de Chenoa.

¿Te preguntas por qué? La respuesta es rápida, con esa canción empezó el peor error de mi vida y la consecuencia más bonita a la vez.

Ahí dio comienzo la aventura de una noche loca con aquel italiano que prometió volver a llamarme, del que nunca supe más y que nueve meses después me regaló mi mayor tesoro, mi Carola.

Dejo de pensar cuando escucho el timbre de la puerta, debe ser Carola, o eso espero, porque esta niña me está quitando años de vida.

—Ya voy —grito cuando estoy a punto de apagar el fuego para que no se me queme.

—Abro yo, Inma, no te preocupes.

Podría decirle que no, que se quede sentada, pero sé que necesita sentirse útil, y no creo que le pase nada del salón a la puerta. Tiene agarraderas por todas partes para que no le falte el apoyo.

—Buenas noches, Luisa, ¿cómo se encuentra? —le pregunta Carola.

—Muy bien, bonita. Entra, que tu madre está en la cocina.

La escucho venir con paso apresurado y noto sus brazos rodear mi cintura. Giro la cara y me da un beso en la mejilla. A pesar de tener quince años, es casi tan alta como yo, y eso que mido un metro ochenta.

—Son las ocho y veinte.

—Llevo en la puerta de Encarna desde las ocho. Quería que conociera a sus nietos. Mamá, qué guapo es Lucciano, aunque Isabel también, y son muy simpáticos.

—Sí, Isabel es muy simpática, pero él parece que le han metido un palo en el culo.

—¡Qué va! Ahí hemos estado hablando de arquitectura hasta que me he dado cuenta de que era tarde.

—¿Arquitectura?

—Sí, tiene un estudio superimportante en Madrid. ¿Esas galletas son de Encarna?

—Sí, pero deja algunas para tus tías.

—Valeee.

Arquitecto... Si es que se veía venir, italiano y arquitecto, lo tiene todo para ser un engreído, como bien me ha demostrado cada vez que nos hemos encontrado, y para que me caiga mal.

Sigo cocinando mientras Carola me cuenta su encuentro con los vecinos y todos los libros que ha anotado en la lista de la librería, y en menos de un cuarto de hora, la cena de Luisa está lista para que se la coma antes de irnos.

Llegamos al salón con el plato y todo lo necesario, y me la encuentro llorando abrazada al marco con la foto de Andrés, su difunto esposo.

Carola y yo nos miramos, soltamos las cosas sobre la mesa y nos acercamos a ella para sentarnos cada una a un lado y abrazarla.

Tristeza, añoranza, anhelo. Sentimientos que están más presentes que nunca en estas fechas...

Sí, este es el cuarto motivo por el que odio la Navidad.

Como cada 23 de diciembre, nos hemos llevado a la abuela al centro comercial más grande de Granada. A pesar de que a día de hoy podemos saber si nos ha tocado la lotería en la web de Loterías y Apuestas del Estado, a ella le encanta ir a cualquier administración a comprobarlo, y si le ha tocado algo, no duda en gastarlo en sus nietos, es decir, mi hermana y yo, así haya sido solo el reintegro. Y este año ha conseguido ganar cuatrocientos euros, así que ha decidido que nos haremos una foto familiar y nos iremos a comer.

Las dejo en la entrada más cercana al sitio donde van a hacernos la foto, y me voy a buscar aparcamiento, ya que, aunque el *parking* es enorme, hoy está lleno de coches por ser la víspera de Nochebuena.

Cuando al fin consigo dejarlo, subo a la galería comercial para recorrerla hasta el sitio donde ya deben estar las dos. Salgo del ascensor, camino unos metros mirando una cosa en el móvil y choco contra alguien. Mi teléfono sale despedido y maldigo para mis adentros, es nuevo y me costó un dineral, espero que no se me haya roto.

Me agacho corriendo al igual que la otra persona, y levanto la mirada dispuesto a volcar mi cabreo contra quien sea, a pesar de que yo también he tenido parte de culpa por no ir pendiente. Pero toda mi ira desaparece al ver la expresión preocupada de Carola.

—Lo siento, de verdad, iba buscando a mi tía y...

—Tranquila, Carola, ¿estás bien? —le pregunto al ver las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Oh, Lucciano, al fin alguien conocido —me dice al tiempo que se abraza a mí ahora que volvemos a estar de pie.

—No llores —le pido con un sentimiento cálido en el corazón al verme rodeado por sus brazos—. Venga, cuéntame qué ha pasado.

—Me he perdido de mi tía, me he quedado sin batería en el móvil, y no encuentro ningún punto de información en el que me puedan ayudar...

—¿Te sabes el número de tu tía? Puedes llamarla desde mi teléfono.

—No, pero puedo llamar a...

—Toma, llama a quien quieras.

Coge el teléfono entre sus manos, se aparta unos metros, habla con alguien que parece ser que le está echando la bronca, trastea en el terminal y me lo devuelve.

—He guardado el número de... Te juro que un día de estos la mato. ¡Qué estricta es la puñetera! Va a enviarme el número de mi tía para poder llamarla y decirle que estoy contigo.

—Anda, venga, acompáñame, que mi abuela y mi hermana me están esperando, y así tu tía te recoge allí. ¿Te parece bien?

—Sí, sí.

Emprendemos el camino, y cuando estamos a punto de entrar en la tienda de fotos, me llega un mensaje de WhatsApp que hace que mi corazón se encabrite al ver quién lo envía. Inma.

Lo abro y encuentro un contacto que pone Leyre. Y no puedo evitar sacar la cartera y buscar un papel que no ha salido de ella a lo largo de los años, sin importar las veces que la haya cambiado.

Lo desdoble al tiempo que busco la información del contacto, y después de tanto tiempo, consigo entender el motivo por el que no di con ella por más que la llamé.

Quiero pensar que fue fruto de lo mucho que habíamos bebido y de la nube de sexo en la que nos vimos envueltos, no que lo hiciera mal queriendo, ya que el número 6 de uno de los dígitos es más parecido a un 0 en el anotado de su puño y letra.

Entro en la tienda para avisar a Carola y la veo haciéndose una foto con mi hermana. Si no supiera que es imposible, podría jurar que son familia, porque se parecen bastante, y me alegra ver que Isabel luce una sonrisa que hace tiempo no le veo.

¿Sabíais que en Navidad somos más propensos a sonreír por cosas que en otro momento pasarían desapercibidas?, ¿que una adolescente que apenas conocemos puede conseguir que la tristeza de una de las personas que más quiero desaparezca en tan solo unos segundos?

La Navidad nos hace más empáticos, más cariñosos y más abiertos a la felicidad, como está ocurriendo en este momento.

Y es el cuarto motivo por el que amo la Navidad.

Esta niña va a acabar conmigo de un infarto un día de estos. Mira que le he dicho veces que tiene que salir de casa con la batería completa. Pues no, ella no puede hacerme caso, y me llama desde el teléfono de a saber quién para decirme que no puede contactar con su tía. Menos mal que ha dado con una buena persona que me ha escrito para decirme que ya ha hablado con Leyre y que la están esperando.

Pero ¿qué quieres que te diga? Yo no me quedo tranquila, así que aquí estoy llegando al centro comercial, menos mal que Rita no trabaja hoy y se ha podido quedar con Luisa para poder venir a buscar a mi hija y a mi hermana, bueno, más bien a librar a mi hermana de mi hija, porque seguro que ha quedado para comer con sus amigas; algo normal en estas fechas.

Subo a la galería del centro comercial y me dirijo a la tienda de fotografía en la que se supone está Carola. Por el camino, llamo a Leyre y la libero de sus obligaciones de tía, que ya me llevo yo a Carola para casa en cuanto la recoja. La voy a tener castigada mientras me acuerde por desobedecerme. Que se cree que por tener quince años ya es ella muy mayor y sabe más que nadie.

¿En serio? ¿Qué demonios hace ese insoportable en la puerta del establecimiento? De verdad que no sé cómo mi hija puede decir que es simpático, cuando ya me está mirando como si me estuviera perdonando la vida.

—Creí que venía Leyre a recogerla.

—Pues no estás de suerte, he venido yo, vas a tener que soportar mi presencia —le respondo cabreada, y no sé si es por la forma de hablarme o porque le hiciera ilusión que viniera mi hermana.

—Está dentro con mi abuela —me dice y se aleja unos metros con el teléfono en la mano. Imagino que será el dueño del número desde el que me llamó Carola, y espero que lo borre y no lo guarde, no me hace especial ilusión que lo tenga, algo me dice que ese hombre huele a problemas a lo lejos.

—Inma, preciosa, estamos aquí —me llama Encarna, y la mala cara que me ha provocado su nieto desaparece dando paso a una sonrisa, como siempre que estoy cerca de esa mujer.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Carola con cara de circunstancia.

—Venir a buscarte y liberar a tu tía de sus obligaciones. Venga, que nos vamos a casa.

—Jo, que he quedado con los del insti para comer...

—Ah, no, de eso ni hablar. Haberlo pensado antes de salir de casa sin batería.

—Te juro que tenía batería, pero ya sabes que el teléfono está dando problemas desde hace meses, y no sé cómo, de pronto, tenía un 5 %, le di a llamar a la tía y se apagó —me dice con esa mirada de cachorrito desvalido con la que siempre consigue todo lo que quiere.

—Bueno, vale, tienes razón, tu teléfono está ya para tirarlo. Te prometo que en cuanto cobre lo de Luisa, te compro uno nuevo.

—No hace falta, basta con buscar una batería externa y llevarla siempre encima, es más barato que un teléfono nuevo.

—Bueno, ya veremos. Anda, ve a buscar a tus amigas y dime dónde estaréis, y si te vas a mover, le dices a alguna de ellas que me llame, ¿vale?

—Valeee. Estaremos en la hamburguesería de siempre. ¿Me recoges allí a las cuatro?

—Sí, yo voy a ir a comprar un par de cosas que me ha encargado Rita mientras.

—Isabel, Encarna, me voy. Nos vemos en estos días.

La veo marcharse y, a pesar de que venía con un cabreo de la hostia, no puedo evitar sentirme orgullosa de ella. Sabe que nuestra economía no está para derrochar, y sabiendo que su móvil no da más de sí, prefiere que no le compre otro porque podemos necesitar ese dinero para cualquier otra cosa.

Me acerco para despedirme de Encarna y agradecerle que haya cuidado de mi hija mientras llegaba, pero lejos de eso, me veo arrastrada por la galería del centro comercial camino de un restaurante.

Hay gente por todas partes, nos cuesta avanzar, los empujones se suceden, y, con uno de ellos, estoy a punto de caer al suelo. Si no lo he hecho ha sido porque unos fuertes brazos me han sujetado y pegado a su cuerpo... ¡Y vaya cuerpo! ¡Y qué bien huele! Y... ¿dónde he olido yo antes ese perfume?

Un nuevo empujón me saca de mis pensamientos. ¡Qué poco me gustan las puñeteras multitudes de estas fechas!

Y este es el quinto motivo por el que odio la Navidad.

No quiero soltarla. Sí, me jode mucho que no se acuerde de mí, pero ha sido tenerla entre mis brazos y notar que se me erizaba el vello de todo el cuerpo.

—Gr-gracias —tartamudea, mirándome a los ojos, y me pierdo en ellos, igual que aquella noche de hace dieciséis años mientras bailábamos *Cuando tú vas*, de Chenoa—. Ya-ya puedes soltarme.

—Sí, claro.

Me separo de ella con fastidio. Si no estuviéramos rodeados de gente y con mi abuela y hermana tan cerca de nosotros, creo que no hubiera podido contenerme y la habría besado. Quizá lo mejor haya sido no hacerlo, estoy seguro de que me hubiera traído problemas.

Avanzamos entre la gente hasta dar alcance a mi familia. Inma se sitúa junto a mi abuela, que la agarra del brazo igual que está haciendo con Isabel. Yo me quedo detrás de ella, me da miedo que igual que le ha pasado a la mujer que lleva años en mi cabeza pueda sucederle a la persona más importante de mi vida, aunque no creo que eso ocurra, ya que va bien custodiada.

Llegamos al restaurante y mi abuela, con una sonrisa pícara, le pide a mi hermana que se siente a su lado, dejándome convenientemente junto a Inma. No me gusta nada lo que veo en la mirada de la mujer que tengo enfrente, me da que pretende hacer de celestina. ¡Si ella supiera!

—Bueno, Inma, ¿cómo llevas la carrera?

—Pues ya solo me queda el TFG, y seré oficialmente enfermera.

¿Cómo? ¿Hasta ahora no está terminando la carrera? Me sorprende mucho, porque recuerdo que me dijo que se pasaba las horas y las horas estudiando, algo debió ocurrir en su vida para que no sea hasta ahora que la está finalizando, y eso significa que esta tarde tengo que buscar la forma de sacar el tema en casa para que mi abuela termine de contarnos la historia de la vida de Inma.

—¡Qué bien, niña! No sabes cuánto me alegro, me siento muy orgullosa de ti.

—Gracias, Encarna —responde ella al halago con las mejillas enrojecidas por la vergüenza que le da lo que acaba de decirle.

—Por cierto, nunca te he visto por el pueblo cuando hemos venido —le comenta mi hermana.

—A ver, nos mudamos aquí hace unos cuatro años, pero, como bien sabéis, trabajo haciendo compañía y cuidando a personas mayores. Y esta es la única vez que cuido a alguien del pueblo en Navidad. Normalmente, lo hago en Granada.

—Entonces es lógico que no nos hayamos cruzado, porque aunque bajamos durante todo el año, solo es en Navidad cuando pasamos más tiempo.

—¿Has visto la suerte que tengo, Inma? Perdí a mi hija, mi yerno y uno de mis nietos poco antes de que tú llegaras al pueblo, pero estos dos amores no dejan de la mano a esta vieja.

—Es como debe ser, Encarna. La familia debería primar por encima de todo. Me gusta mucho mi trabajo porque ejerzo de familia con las personas a las que cuido, pero me da muchísima pena que sus hijos o nietos prefieran pagar a alguien a pasar tiempo con ellos.

—Pues sí. Luisa ha tenido mucha suerte contigo y con Rita. Las dos sois tan buenas que en el poco tiempo que lleváis en Maracena, os quieren como si llevarais toda la vida. Por cierto, ¿qué vas a hacer en tu cumpleaños?

—Pues el día 25 comeremos todas en casa de Luisa. Pensaba llevármela a la mía, pero dice que la suya es más grande y estaremos más cómodas. No os invito a venir a comer porque ya somos muchas y Luisa dice que ella paga todo lo que se use para el almuerzo, pero después podéis venir a merendar tarta.

—¿La va a hacer Rita?

—Sería para ella una ofensa que la comprara hecha.

—Entonces no nos la perdemos. Esa mujer tiene unas manos de oro para la repostería. Su mayor sueño es montar su propia tienda, pero la economía no da para más, ¿verdad, niña?

—Estoy segura de que algún día lo conseguiremos.

—Y mañana por la noche, ¿qué planes tienes? —pregunta, de pronto, Isabel, y casi me da un infarto. Espero que no...

—Cenaré en casa de Luisa y después me iré con mi familia.

—Lucciano y yo tenemos por costumbre salir juntos esa noche, y como ya sería tu cumpleaños, había pensado que te podrías venir a tomar algo con nosotros.

Lo ha hecho, la ha invitado a salir con nosotros, la historia se repite dieciséis años después, cuando ella se fue con un tipo al que acababa de conocer a darse el lote y yo acabé en la cama con la mujer que tengo a mi lado.

—No va a poder ser. Si fuera cualquier otro día, te diría que sí, pero hace ya mucho tiempo que no lo celebro. Digamos que pasó algo en esa fecha y se me puso la vida patas arriba.

—Anda, niña, ámate. No hay mal que cien años dure, ya lo dice el refrán.

—No...

—Los miedos hay que enfrentarlos para poder vencerlos, piensa que se trata de eso —digo sin entender muy bien por qué lo he hecho, pero ya no hay marcha atrás—. Un par de copas y volvemos a casa si es lo que quieres. Lo prometo.

Inma mira a mi abuela, a mi hermana y después a mí. Puedo ver que se encuentra entre la espada y la pared, pero necesito que diga que sí, algo dentro de mí grita que existe la posibilidad de que yo sea el motivo por el que ya no le gusta celebrar su cumpleaños.

—Está bien, pero solo un par de copas, que al día siguiente tengo mucho que preparar para mi cumpleaños.

Comemos entre risas y anécdotas, aunque la que menos habla es Inma, que es la que me hubiera gustado que lo hiciera más para conocer mejor a la mujer que me ha olvidado.

Termina el postre rápida, hace el intento de sacar la cartera, pero mi abuela la frena y le dice que va a pagarlo con lo que le ha tocado en la lotería, que está invitada. Ella se resiste, pero no hay nadie que pueda con la cabezona de doña Encarna.

La veo marchar, y cuando vuelvo la mirada a las dos mujeres que tengo delante de mí, sus sonrisas me hacen resoplar.

—Venga, terminad vosotras ya, que os recuerdo que esta tarde toca maratón de películas navideñas.

—Sííí —grita Isabel, haciéndonos reír a los demás.

Me encantan los días 23 por la tarde, porque nos pasamos las horas en el sofá riendo y llorando con todas las películas que vemos.

Y este es el quinto motivo por el que amo la Navidad.

Me afano en remover sin parar la bechamel para que no se me queme. Es lo que más odio de hacer croquetas, que dicho sea de paso, ya podría haberme traído la Thermomix de mi casa y ahorrarme el suplicio de hacerla de la forma tradicional. Porque dime tú que no es más práctico tenerla aquí para ir más rápida que encima de la encimera de mi cocina sin hacer nada.

En fin, que no puedo despistarme, que esto es muy delicado, no me distraigas. Y no, no te lo digo a ti que estás leyendo esto, sino al arquitecto medio italiano que habita en casa de la vecina y desde ayer a mediodía en mi cabeza.

La cosa es que su olor me es familiar, me recuerda a alguien, y no sé a quién. Aunque probablemente se haya cruzado en mi vida y no lo recuerde.

Ah, que no te lo he contado, es verdad. Pues mira, mientras remuevo, te lo cuento.

Resulta que tengo un extraño trastorno que se llama Fuga Disociativa. Te preguntarás qué es eso, pues muy fácil. ¿Sabes esos momentos en los que vas andando por la calle y pensando en algo y cuando llegas a tu destino te preguntas cómo has llegado? Pues algo parecido. Solo que yo no es que esté pensando en otra cosa, es que para mí es como si ese lapsus de tiempo no hubiera existido, y lo mismo puede durar minutos que horas o días.

Hay veces que, pasado un tiempo, consigo recordar algunas cosas, pero no suele ser un hecho completo, sino algunas pinceladas, y hay un caso concreto en el que recuerdo todo menos el rostro de una persona. Si te estás imaginando que puede ser el del padre de Carola, déjame decirte que estás en lo cierto.

Madre mía, ¡la noche fue apoteósica! Eso es algo que no puedo negarlo, pero resulta que al muy cabrón le di mi número de teléfono y no me llamó, y yo, como una inconsciente que soy, a pesar de las advertencias que siempre me hacía Rita, me dediqué a follar sin condón. Y no, eso no tiene nada que ver con mi trastorno, porque actué como soy normalmente, solo que después no lo recuerdo.

—Inma, bonita, ¿estás bien? —me pregunta Luisa.

—Sí, ¿por qué?

—Porque te estaba llamando y no contestabas.

—Disculpa, Luisa, estaba pensando... en una cosa de la universidad y no te he escuchado. ¿Qué necesitas?

—¿Podrías acercarte a llevarle este bizcocho a Encarna cuando termines con la bechamel? Quería hacerlo yo, pero estoy cansada después de haber ido al mercado.

—Claro que sí, esto ya está listo. Le echo la carne, lo guardo y me acerco. ¿Te parece?

—Perfecto, corazón. Yo voy a sentarme un rato a ver la tele.

La veo salir por la puerta de la cocina y hago rápidamente lo que me queda. La verdad es que voy bastante atrasada con la comida y no tengo mucho tiempo que perder, pero tampoco me va a llevar demasiado acercarle el bizcocho a la vecina que vive puerta con puerta.

Guardo la masa de las croquetas en la nevera. Son las diez, así que estarán listas sobre las seis para darles forma y que podamos comerlas esta noche, como quería Luisa, que al parecer, era una tradición que tenía con su difunto Andrés.

Toco el timbre de Encarna con el bizcocho en las manos. Espero un minuto y nadie abre. Quizá haya ido al mercado. Voy a intentarlo una vez más, y si no responde nadie, vuelvo más tarde.

Oigo unos pasos firmes que se acercan a la puerta. No, no creo que sea la vecina, me da que va a abrirme el insoportable de su nieto, ese cuyo olor no sale de mi mente desde ayer. Aunque mejor así, que su abuela seguro que me hacía pasar a la cocina a comer una de esas deliciosas galletas y hoy no tengo tiempo.

La puerta se abre y estoy a punto de colapsar. Joooder, ¿todo eso escondía este hombre debajo de la camisa? ¿A quién se le ocurre abrir así la puerta en pleno mes de diciembre?

—Eh, disculpa —balbuceo, desviando la mirada al bizcocho—. Luisa os manda esto —digo, estirando los brazos para que lo coja.

—Pasa y déjalo en la cocina. Estaba cortando leña en el patio trasero.

—¿Acaso estás manco? —la pregunta me sale sin pensar, pero es que no pesa tanto para que no pueda llevarlo con sus propias manitas.

—Uy, no, pero si me miraras a mí en vez de al bizcocho, verías que tengo las manos muy sucias.

Hostias, qué zasca acaba de darme. Quizá me lo tenga merecido, pero es que este hombre me saca de quicio.

—Vale, pero es que tengo prisa. Ni cierres la puerta, que lo dejo y me voy corriendo.

Entro a toda prisa en la casa y escucho que hace justo lo contrario a lo que le he pedido. Si es que me tiene que caer mal, si es que parece que le gusta tocarme las narices. Dios, ¡me saca de quicio este hombre tan guapo, sexi y que está tan increíblemente bueno...! Caca, Inma, ese pensamiento es caca. Los hombres cuanto más lejos, mejor.

—Ayer te vi incómoda con la propuesta de salir con Isabel y conmigo esta noche.

Incómoda ayer con eso, hoy con tus pectorales y abdominales... Ufff, menos mal que esta vez no lo he dicho en voz alta como la pregunta de antes, porque si no... La carcajada que escucho a mi espalda me confirma que sí lo he hecho.

—Gracias por el piropo.

—Ay, disculpa, qué vergüenza... Será mejor que me vaya...

Se me acaban de fundir las bragas. Esa mirada de depredador no puede estar dedicándomela a mí. Si hasta se le han dilatado las pupilas. Y se está acercando demasiado, y no tengo escapatoria, y estoy al borde del parraque, y se me va a salir el corazón por el pecho, y...

¿Me va a besar? Ay Dios, ¡que me va a besar!

—¿Tienes pareja? —me susurra, rozando su nariz con la mía.

—No-no... —tartamudeo.

—Pues como no te andes rápida, se te va a pasar el arroz. —Se separa bruscamente de mí, y me quedo totalmente fuera de juego—. Toma, estas galletas son de mi abuela para Luisa. Nos vemos luego.

Y se va hacia el patio trasero tan tranquilo después de lo que me ha soltado. Típico comentario de cena navideña con familia impertinente.

Y este es el sexto motivo por el que odio la Navidad.

Si no supiera a ciencia cierta que es ella, porque sería mucha casualidad que tuviera su misma cara, sus mismos ojos y estuviera ligada a la enfermería, ahora tendría serias dudas.

¿Tan borracha iba para no acordarse de nada de lo que pasó aquella noche? Porque os juro que si hubiera sido consciente de que era así, jamás me hubiera acostado con ella; por suerte, no necesito que una tía esté bebida para llevármela a la cama.

Le solté la misma puta frase de hace unos años cuando me dijo que cumplía la mayoría de edad, y ella me respondió que el mío ya debía ser una plasta con la que pegar ladrillos porque era mayor. ¿Cómo no puede recordar eso si para mí fue la respuesta más ingeniosa que me han dado nunca?

—Mi rey, ya estamos en casa —grita mi abuela desde la ventana que da al patio trasero de la casa mientras estoy partiendo un trozo de tronco en dos con el hacha.

—Yo ya he terminado aquí, abuela.

Metó varios troncos en una espuerta, algo de forraje y pequeñas ramas para prender y me dirijo al interior de la casa con la intención de encender la chimenea.

—Ay, veo que ha estado por aquí Luisa para traer el bizcocho de la merienda, pero no se ha llevado las galletas.

—¿No? —pregunto extrañado—. Le dije a Inma que las cogiera, que eran para Luisa.

—¿No la acompañaste a la puerta?

—No. A ver, que iba a hacerlo, no soy tan maleducado, pero justo en ese momento escuché rodar varios troncos y el hacha caer, y te recuerdo que es la única que te queda servible. Necesitaba saber si tenía que vestirme para ir a comprar otra.

—Bueno, no pasa nada, después se las acercas. Lo que me extraña es que no se las llevara... Esa chica pierde la cabeza un día de estos, seguro que tuvo otra fuga de esas, volvió a la realidad en ese momento y no se acordó de que le dijiste que tenía que llevarse las galletas.

—¿Fuga?

—Sí, es un trastorno que padece. ¿No os conté eso?

—Te quedaste en su adolescencia, ya no hemos tenido otra ocasión para que nos cuentes más cosas.

—Venga, vamos a prender la chimenea, que todavía te tienes que duchar y ya son las doce.

—Tardo cinco minutos en quitarme toda esta tizne, abu, tampoco...

—Pero hemos quedado a la una y media en casa de Luisa para comer.

—¿Por qué? Siempre hemos comido aquí.

—Pero este es el primer año que el desalmado de su hijo la ha dejado sola en Navidad, y aunque tiene a Inma, no es su familia, y nosotros llevamos junto a ella desde que me casé con tu abuelo.

Tengo que darle la razón mientras acomodo los troncos en la chimenea, prendo la pastilla de encendido rápido, la coloco en el rastrojo con las ramas y busco el fuelle para avivar el fuego cuando llegue el momento.

—Anda, cuéntame lo de la fuga.

—Pues resulta que la chica tiene un trastorno que se llama Fuga Disociativa, y según me

explicó ella para que lo entendiera, de pronto se encuentra en su casa o en cualquier sitio y no recuerda nada de lo que ha hecho en horas o días.

—Pero... no lo entiendo. ¿Qué hace durante ese tiempo?

—Ah, no, actúa de una manera completamente normal, solo que su cerebro olvida lo sucedido en ese tiempo. Es un tipo de amnesia.

—Joder...

—Voy a empezar a preparar las cosas que nos llevaremos para casa de Luisa. Termina con la chimenea y derecho a la ducha, que vamos justos de tiempo. Espero que tu hermana no se retrase, que ha ido a la librería.

Me quedo mirando el fuego, intentando asimilar lo que acaba de contarme mi abuela. Sé que no se ha ido sin las galletas por lo que me ha dicho, sino por la situación que he provocado en la cocina, pero eso no quita que una duda se instale en mi cabeza.

¿Y si eso fue lo que le pasó aquella Navidad y por eso no me recuerda? Tengo que averiguar si fue así, y empiezo a pensar que no es tan mala idea que Isabel la invitara a nuestra Nochebuena de hermanos.

—¡Ya he llegado!

Como si la hubiera invocado, el torbellino que tengo por hermana entra en el salón, sacándome de mis pensamientos.

—¿Dos bolsas de libros?

—En mi defensa diré que no todos son para mí, que algunos son para regalar. Joder, ¡qué bien huele a chimenea! —dice risueña mientras avanza por el pasillo camino de su habitación.

Y tengo que darle la razón, para mí es uno de los olores inconfundibles de la Navidad, al igual que el aroma de las galletas recién horneadas de la abuela. Olores inconfundibles que solo se dan en estas fechas, olores que huelen a hogar.

Y este es el sexto motivo por el que amo la Navidad.

Miro toda la comida que estoy haciendo y no entiendo qué le ha entrado a Luisa hoy. Si vamos a comer las dos solas, no comprendo para qué me ha hecho cocinar tanta. Aunque quizá quiera guardar una parte en el congelador para otros días, o para que la pruebe el cabrón de su hijo cuando vuelva.

No puedo quitarme de la cabeza lo que sucedió hace unas horas en la cocina de Encarna. No entiendo de qué va Lucciano. Pasa de mirarme con cara de no soportarme a casi besarme en una milésima de segundo.

—Ya está todo listo, Luisa. Salgo a comprar el pan y a recoger la tarta para esta noche.

—Perfecto, niña. Y tráeme unos dulcecitos de los que tanto te gustan para merendar esta tarde.

—Por supuesto, y a esos invito yo.

Me voy corriendo hacia la puerta para no oírla protestar, y casi me caigo de culo cuando la abro y veo delante de mí a Lucciano cargando una espuerta con leña y la cara llena de churretes. Al menos, esta vez va vestido de cintura para arriba, porque si no, vuelve a fulminarme las bragas. Mira que está bueno el *joío*.

—Me ha dicho mi abuela que...

—Pasa y déjala en el patio. Yo tengo que salir y no puedo...

—Inma, yo quería dis...

—Tengo que irme.

Me escabullo como alma que lleva el diablo. Lo que menos me apetece es hablar con él de lo que pasó hace un rato. Además, es tarde y hoy cierra antes la panadería, no puedo arriesgarme a que nos quedemos sin pan, dulces y la tarta de mi cumpleaños. Que a mí no me gusta celebrarlo, pero cualquiera aguanta a Rita, mis tres hermanas y mi hija si no apago las velas con ellas a las doce de la noche.

Dios, y después tengo que salir con este engreído e Isabel. Pues no pienso separarme de ella en toda la noche, y me quito de en medio en cuanto pueda. Un par de copas y el cansancio se habrá apoderado de mí, así sea mentira.

—Feliz Navidad, Carmen —saludo nada más entrar en la panadería—. ¡Qué bien huele! —Me encanta el olor de los dulces y el pan recién hecho.

—Feliz Navidad, Inma. ¿Vienes a recoger tu tarta? Rita terminó de hacerla a primera hora de la mañana.

—Sí, y también el pan de Luisa, y ponte una bandejita de dulces de los que me gustan.

—Ahora mismo.

La mujer se pone a prepararlo todo y ahora me surge la duda de cómo voy a llevar todo si solo tengo dos manos, y ya solo la tarta pesa bastante. Bueno, tendré que dar dos viajes, porque no pienso arriesgarme a que termine todo desparramado por el suelo.

Tan metida estoy en mis pensamientos que no me doy cuenta de la gente que entra o sale del local hasta que alguien dice mi nombre un poco más alto de lo habitual. Seguro que quien sea me ha llamado varias veces y yo no me he enterado.

—Hola, Isabel. ¿También te ha mandado tu abuela a por el pan?

—Sí, porque mi hermano había ido a dejarle leña a Luisa y aún tenía que ducharse.

—Me lo he cruzado cuando yo salía para venir.

—Fernando, dame lo de mi abuela, porfa.

Isabel está a punto de ponerse a hablar conmigo de nuevo cuando aparece Carmen con todas mis cosas.

—¿Cómo vas a llevar todo esto? ¿Quieres que te acompañe Fernando?

—No, no te preocupes, doy dos viajes, que tienes la panadería a rebosar.

—¿Vas para casa de Luisa? —me pregunta Isabel y asiento—. Anda, pues yo te ayudo, que vamos casi para el mismo sitio.

Pues también tiene razón la chica. ¡Qué amable es! Nada que ver con el insoportable de su hermano.

—Pues me viene genial, porque mira la hora que es y todavía me queda un par de cosas que hacer para el almuerzo.

Salimos las dos cargadas de la tienda y emprendemos el camino. Hablamos de todo un poco, se interesa por mi familia, aunque esquivo el tema. Vale que la chica sea un encanto, pero tampoco tenemos confianza para contarle mi culebrón de vida.

Llegamos a nuestro destino y rezo para que su hermano ya no esté, aunque Dios no me escucha, y lo tengo delante de mí ya duchado, con el pelo aún húmedo y vestido como si hubiera salido de un catálogo de ropa masculina, y acompañado de su abuela, por cierto.

—¡Qué bien que has llegado ya! Vamos a poner la mesa.

—Pero...

—Te dije que hoy venían a comer Encarna y sus nietos...

—No, no me comentó nada.

O quizá sí lo hizo la pobre mujer y no me acuerdo, aunque hace meses que no tengo ninguna fuga.

—¿No? Qué cabeza la mía, seguro que se me olvidó. Si es que ya estoy mayor...

Me voy directa a la cocina. Que venga a comer Encarna es una alegría, incluso Isabel, pero Lucciano... Odio los invitados no deseados, que siempre hay alguno presente en todas las comidas navideñas.

Y este es el séptimo motivo por el que odio la Navidad.

Yaquí vamos camino de Granada en el coche de Inma. Isabel y yo siempre nos hemos ido en taxi, pero como mi tormento de los últimos dieciséis años se vuelve para el pueblo, pues aquí vamos los tres. La verdad es que no me hace gracia que se vuelva sola, ni a altas horas de la noche, en días como este hay mucho borracho y puede tener un accidente, así que, a pesar de tener reservada habitación en el mismo hotel que da la fiesta a la que vamos, me volveré con ella.

Sigue sin perdonarme lo que sucedió esta mañana en la cocina de casa de la abuela. La comida, como podréis imaginar, fue tensa hasta decir basta, y no me ha dirigido la palabra desde que hemos emprendido el viaje, y eso que soy el copiloto e Isabel está entretenida detrás con sus redes sociales.

Llegamos al hotel y el aparcacoches se ocupa del vehículo de Inma cuando nos bajamos en la puerta. Entramos al *hall*, y cuando se quita el abrigo que ha llevado puesto hasta para conducir, casi infarto al ver cómo marca sus curvas ese vestido negro que deja uno de sus brazos al aire, permitiéndome ver un tatuaje de un hada con el nombre de Carola.

—Bueno, chicos, ¡vamos a disfrutar de la noche! —exclama Isabel cuando ya hemos dejado los abrigos en el guardarropa.

Entramos en el salón, que, como cada año, está decorado al más puro estilo estadounidense, y no puedo evitar sonreír al ver la cara de asombro de Inma deleitándose con todo lo que ve.

Isabel nos coge a cada uno de una mano y tira de nosotros hasta la barra, donde pedimos cada uno nuestra bebida, y me sorprende ver que ella sigue bebiendo lo mismo que aquella noche.

No sé cómo hacer para contarle quién soy, y encima estoy seguro de que no va a reaccionar nada bien después de cómo me he portado con ella estos días y lo de esta mañana. Pero tengo que hacerlo sí o sí. Hoy hace dieciséis años de la noche más mágica de mi vida, y no puedo negar que me muero de ganas por estar de nuevo con ella. Quizá la odiara cuando la vi hace unos días después de tanto tiempo, pero entonces no sabía lo de su problema, y estoy seguro de que es por eso por lo que no se acuerda de mí.

No es que aquello no fuera importante para ella, es que su mente lo ha olvidado.

—¿Bailamos? —propone mi hermana.

—Venga, vamos —responde ella divertida.

—Id vosotras, tengo que ir al baño.

Mentira cochina, lo reconozco. Pero es que mi hermana me ha dado una idea buenísima sin ella saberlo. Nos dimos nuestro primer beso bailando esa canción que escucho todos los días desde entonces.

Me acerco al DJ y se la pido. Me mira extrañado, y le explico que la necesito para volver a conquistar a la mujer de mi vida. Y el chico no puede negarse ante tal declaración de amor, así que me avisa de que será la siguiente.

Serpenteo entre la gente para llegar a tiempo a donde se encuentran bailando las dos, y le cambia la cara a una seria cuando me ve, pero me da igual.

La canción termina y suenan los primeros acordes de *Cuando tú vas*, de Chenoa. Ella palidece y hace por irse hacia la barra, pero no la dejo. Tomo una de sus manos y tiro para

pegarla a mi cuerpo y que no escape.

—¿Qué haces? —me pregunta con una mirada asesina que me hace sonreír.

—Bailar. ¿No te gusta la canción?

—Es una larga historia.

—Cuéntamela.

—¿Perdona? No, eso es algo que pertenece a mi vida privada, y a ti no te conozco de nada...

—Inma, sí me conoces, y muy bien.

—¿De qué hablas? Te recuerdo que te he conocido hace unos días.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—Voy a besarte.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¡Ni se te ocurra!

—Voy a hacerlo.

—Suéltame. Ahora mismo me vuelvo para el pueblo.

—No te estoy reteniendo. Si quisieras irte de verdad, ahora mismo estarías bajando las manos de mi cuello.

—Joder, no me mires así...

—¿Así cómo?

—Joder...

Y ocurre lo que menos podía imaginar. Tira de mi cuello para acercar mi cara a la suya y me besa. Dios, es como retroceder en el tiempo, como si volviéramos a tener dieciocho ella y yo veintiuno.

Se separa de mí de forma brusca tras unos segundos devorándonos con la respiración demasiado agitada.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto preocupado.

—Necesito aire, me estoy mareando...

—Inma, no me asustes.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser... —dice una y otra vez dejando salir las lágrimas sin control alguno.

—Por Dios, ¡¿qué te pasa?!

—¿Qué me pasa? ¡¿Qué me pasa?! Dímelo tú, Archi.

—Veo que finalmente sí te acuerdas de mí, Nursi —remarco la última palabra, y sonrío al recordar los estúpidos apodos que nos pusimos haciendo referencia en inglés a lo que estudiábamos para no dar nuestros verdaderos nombres.

—¿Finalmente? Me acuerdo de ti todos los putos días, como para no hacerlo, Carola es un recuerdo constante... Lo que no conseguía recordar era tu cara, joder.

—¿Qué tiene que ver tu hermana pequeña en todo esto?

—¿Mi hermana? Carola no es mi hermana, es mi hija, «nuestra» hija.

Boom.

Me pinchan y no sangro.

Nuestra hija... Carola es mi hija...

Sé que pensarás que estoy como una regadera, que cualquier otro saldría corriendo con esa noticia, entraría en pánico o se desmayaría, pero la verdad es que siento como si fuera un regalo

sorpresa, ese que siempre es el que más ilusión te hace.

Me encantan los regalos de Navidad, y este es uno de la hostia.

Y este es el séptimo motivo por el que amo la Navidad.

Esto no me puede estar pasando a mí. No puede ser él. ¿No había más hombres en el mundo que este déspota e insoportable? Y lo peor de todo, ¿cómo se me ocurre confesarle que es el padre de Carola?

Tengo que salir de aquí cagando leches. Este tío me dejó tirada. Juró y perjuró que me llamaría, y aún puedo seguir esperando a que eso suceda.

Y todo porque se me ocurrió la puta idea de comerle los morros. Pero es que llevaba provocándome desde la mañana, y una no es de hielo. ¿O tú no harías lo mismo si se te pusiera delante tremendo monumento?

Además, tiene una cara que no sé muy bien cómo interpretar. Parece feliz... No, eso no es posible con la bomba que acabo de soltarle. Bueno, pues aprovecho que está en otra dimensión y me largo antes de que quiera hablar o recriminarme cualquier cosa. Es lo mejor que puedo hacer, ¿verdad?

Me giro y comienzo a andar entre la gente. De vez en cuando, miro hacia atrás, pero ahí sigue petrificado, y suspiro aliviada cuando llego al guardarropa y no ha aparecido. Debe ser tal el estado de *shock* en que se ha sumido que no es capaz de reaccionar ni estando rodeado de tantísima gente.

—Hola. Quería recoger mi abrigo.

—¿Tiene su resguardo?

—Sí, un segundo. —Busco en el bolso hasta que doy con él, se lo ofrezco y espero paciente a que regrese.

El alivio me inunda cuando la veo aparecer, pero desaparece de golpe cuando una mano bastante más grande que la mía lo recoge y le da instrucciones de que lleven el suyo a su habitación a la mañana siguiente.

Infarto en tres, dos, uno...

Me veo arrastrada sin poder evitarlo hasta un ascensor, en el que entro seguida de Lucciano, que pulsa la quinta planta, y no es hasta que echa andar que consigo reaccionar.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que tenemos mucho de qué hablar, ¿no?

—No, no hay nada de qué hablar.

—Pues no hablemos.

Sin esperarlo, se acerca a mí, atrapándome contra una de las paredes del ascensor, y me besa. Sí, esperas que ahora te diga que lucho con todas mis fuerzas para resistirme, pero no, no te voy a mentir, porque es que me vienen los recuerdos del festival que nos pegamos aquella única noche y tiemblo de anticipación.

El momento se rompe cuando el ascensor se para, hemos llegado a nuestro destino, y entonces mi parte más racional sale a paseo.

—Es mejor que me vaya, Lucciano. No me siento con fuerzas para hablar de nada...

—Por favor, Inma. Sé que pensarás que soy un cabrón y me odiarás, y lo que voy a decir sonará a tópico, pero no es lo que parece.

—Lucciano...

—Ven conmigo, hablemos, y si después quieres irte, estás en tu derecho.

No sé qué hacer. Es cierto que no me apetece nada esta conversación en este momento, pero si vamos a tenerla de todas formas en otro, tan malo va a ser como este. Y, sinceramente, no creo que la habitación de un hotel sea el mejor lugar después de lo que ha pasado en la pista de baile y en el ascensor.

—Está bien, voy a pasar a la habitación, pero te quiero bien lejos de mí, ¿vale?

—De acuerdo —responde, aunque esa sonrisilla pícaro y sexi me dice justo lo contrario. En fin, tendré que arriesgarme.

Llegamos a un pequeño salón en el que hay un butacón y un pequeño sofá. No dudo en sentarme en el individual, así lo mantendré más lejos de mí, porque si lo hago en otro, corro el riesgo de que se ponga a mi lado. Y no, prometo que no voy a dejar que vuelva a besarme.

—Te llamé unas cuantas veces, pero...

—Puedo asegurarte que no me llamaste, viví días, semanas, meses, pegada a mi teléfono. Ni una sola llamada, ni un solo mensaje. Nada, nulo, cero.

—¿Cero? El cero tuvo la culpa, sin lugar a dudas.

Veo que se levanta y saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón. Trastea en ella y me da un papel doblado que me da miedo que se desintegre en la mano. Estoy segura de que le hacen la prueba del Carbono 14 y sale que perteneció a Jesucristo.

Lo desdoblo y me quedo de piedra.

Es mi número de teléfono, escrito de mi puño y letra, en el trozo de hoja que arranqué del bloc de notas de aquel hotel en el que pasamos la noche.

—Mira el quinto número.

—¿Qué le pasa? —pregunto sorprendida.

—¿Es un seis o un cero?

—Un seis... —Vale, era un seis un poco extraño, pero tenía un palito de como medio milímetro.

—Pues no se parece en nada al primer seis del número, y yo creí que se trataba de un cero. Te llamé, Inma, te juro que te llamé, pero cuando la que hizo cien me dijo que el número marcado no existía, dejé de insistir. Simplemente pensé que lo habías hecho queriendo, que lo único que buscabas era disfrutar de tu noche de cumpleaños.

Ay la virgen... Que llevo desde ese día odiando mi cumpleaños y la Navidad por su culpa, y resulta que la culpa es solo mía.

Me acerco al butacón donde está sentada, me pongo de cuclillas y le retiro las manos de la cara. Sus lágrimas me queman por dentro, y lo único que se me ocurre es limpiárselas y acariciarle las mejillas.

—Te busqué durante todo el curso, pero no sabía tu nombre y en la facultad de Enfermería fue imposible dar contigo.

—Ya no teníamos clase hasta después de los exámenes, y fue cuando descubrí que estaba embarazada. El segundo cuatrimestre lo hice desde casa y fui en contadas ocasiones a la universidad.

—Puedo imaginármelo, y por eso aún no has terminado la carrera, ¿verdad?

—Sí... Madre mía, si es que mi vida es una puta sucesión de desgracias, una tras otra.

—Vaya... —suspiro, porque acaba de catalogarme de desgracia, y no es que me haya hecho mucha ilusión.

—No, a ver, no te des por aludido, que aquí la única desgraciada soy yo, que me acosté con un tío que no conocía de nada sin usar ningún tipo de protección y encima le di mal mi número de teléfono. En serio, mi vida es un puto drama, no salgo de una cuando me meto en otra...

—Lo nuestro fue un desafortunado malentendido, y el destino ha hecho que nos encontremos de nuevo —le digo con mi mejor sonrisa, que ella no lo sabe, pero es con la que he conquistado siempre a las mujeres. En fin, que me desvíó y no es el momento de pensar en estas cosas.

—¿Y qué le voy a decir a Carola?, ¿que no ha conocido a su padre porque soy una inútil que no sabe ni poner bien su número de teléfono?

—Joder, Nursi, no seas tan dura contigo misma. Esa noche bebimos, estábamos con el subidón del sexo... Si quieres, podemos decir que perdí el papel con tu número, y que por más que te busqué, me fue imposible dar contigo.

—Nursi... Dios, qué patéticos fuimos al darnos esos nombres para no decir los verdaderos —me dice con un asomo de sonrisa.

—La verdad es que no nos comimos mucho la cabeza —le doy la razón y suelto una carcajada que ella sigue también.

—Bueno, creo que es mejor que me vaya. Mañana hablaré con Carola y le contaré quién eres...

—No estoy de acuerdo.

—¿No quieres que lo sepa?

—Sí, claro que quiero. En lo que no estoy de acuerdo es en que te vayas ni en que se lo cuentes tú sola.

—De verdad, Lucciano, debo irme, ahora mismo tengo muchas cosas en las que pensar y...

—Pues yo creo que lo mejor es que volvamos a donde lo dejamos en el ascensor.

—¿Estás loco? —me pregunta sorprendida.

—No me irás a decir que no te apetecía tanto como a mí.

—Sí, no te lo niego, pero ahora...

—¿Sabes por qué te busqué con tanta insistencia?

—Imagino que porque te apetecía pasar otra divertida noche conmigo, ¿no?

—¿Y por eso crees que iba a pasarme meses buscándote? No, Inma, te busqué con tanta insistencia porque era incapaz de sacarte de mi mente, porque nunca había conocido a otra chica tan auténtica como tú y porque tú nunca me preguntaste qué hacía un chico de Madrid estudiando aquí. Fuiste la única persona que no se acercó a mí por interés, que era sincera y genuina, y eso hizo que te ganaras un hueco dentro de mi cabeza.

»No voy a negarte que claro que quería volver a acostarme contigo, pero también quería algo más.

—¿Qué quieres decir?

—Que me hubiera encantado tener una relación contigo, y que saber que estabas embarazada no hubiera supuesto un problema para mí, te lo puedo asegurar.

—De eso hace ya muchos años...

—Sí, pero sigo estando dispuesto a intentarlo, y ahora tengo bien tu número de teléfono, sé dónde vives, conozco a tu familia, tenemos una hija en común...

—En serio, sigues estando tan loco como hace dieciséis años...

—Sí, eso no ha cambiado. ¿Qué me dices?

—Pues que yo he madurado, que soy madre, que veo la vida de otra manera, pero que, al parecer, cuando se trata de ti, vuelvo a ser la cafre de entonces.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un «ya veremos cómo van las cosas», así que deberías empezar a convencerme como lo estabas haciendo en el ascensor.

—Eso está hecho.

Le tiendo la mano para que se levante, tiro de ella y la abrazo. La beso. Con cariño, con alegría, con pasión y con lujuria. Le levanto el vestido, parto sus medias, sus bragas y la apoyo contra la pared.

Dios, qué recuerdos, así empezamos aquella noche de hace dieciséis años, y espero que a partir de ahora celebremos así para siempre su cumpleaños y la Navidad.

Desperto, me giro y sonrío al verlo a mi lado en la cama. Jamás pensé que nada de esto pudiera suceder, y no sé ni cómo sentirme, me ilusiona y da miedo a partes iguales, aunque enfrentar a Carola me da más pánico aún.

—Buenos días, preciosa —me dice con los ojos cerrados todavía.

—Buenos días —respondo, y me sobresalto cuando se me acerca y veo que está más que dispuesto—. ¿Otra vez?

—Que digo yo que podemos aprovechar esta erección mañanera, ¿no? —propone para justo después atrapar uno de mis pezones con su boca y tirar de él, provocándome un gemido.

—Anda, estate quieto, que ya es tarde y yo trabajo en un par de horas.

—¿No puede quedarse Rita con Luisa?

—No, ella también tiene cosas que hacer. Venga, flojo, ya tendremos tiempo de aquí al día 10, que es cuando regresas a Madrid, ¿no?

—Sí, aunque espero que no por mucho tiempo.

—Ya, imagino que bajarás a ver a tu abuela cada poco tiempo...

—Sí, pero no me refiero a eso. Llevo un tiempo pensando en mudarme al pueblo. Todo mi trabajo puede hacerse con conexión a internet, solo tendría que subir días sueltos a Madrid. De hecho, le hablé a Isabel de comprar un terreno que hay a las afueras y construir un par de casas, una para ella y otra para mí. Y la idea le pareció genial, así que contacté con el vendedor y firmo la compra el día 3 de enero.

—¿En serio? —pregunto asombrada ante este giro de los acontecimientos.

—Además, ahora tengo un par de motivos más para querer quedarme aquí —me dice con una sonrisa que me desarma.

—Y no paro de darle vueltas a uno de esos motivos. De verdad que no sé cómo contárselo ni cómo se lo tomará.

—Bueno, lo afrontaremos juntos.

—Pues venga, que hoy comemos todas en casa de Luisa, así conoces también a mis hermanas.

—Entonces..., ¿no vamos a aprovechar esto?

—Pues no, te recuerdo que es mi cumpleaños y mando yo. Y... te mando a que esta noche repitamos lo de estas últimas horas.

—Eso me gusta más.

Nos levantamos, tomamos una ducha —por separado, no pienses que ibas a leer un empotramiento contra los azulejos del cuarto de baño— y salimos del hotel con el tiempo justo de llegar al pueblo.

Aparco en la puerta de Luisa y quiero que la tierra me trague cuando veo a mi hija esperándome. Respiro hondo, y el apretón que Lucciano me da en la mano me transmite un poco de tranquilidad.

—Ya era hora de que llegais —me riñe mi hija—, que al final íbamos a tener que comer sin ti. Anda, venga, entrad, que ya estamos todos.

—Carola, espera, yo... yo tengo algo que contarte.

—Venga, ¿qué va a ser primero? —me suelta con una carcajada.

—¿Cómo? —pregunto descolocada.

—Que si primero me vas a contar que os habéis acostado o si va a ser que él es mi padre.

Miro a Lucciano, se ha quedado igual que anoche en la discoteca, en *shock*. No habla, no reacciona, incluso dudo hasta de que respire.

—Ay Dios, dame paciencia, ¡vaya dos padres me has mandado! Una que tiene fugas, y el otro que se queda bloqueado a la primera de cambios. Espera, que Isabel me ha dicho cómo se soluciona.

Carola se acerca a Lucciano, levanta la mano y se pone a darle suaves golpecitos en los cachetes. Y, milagrosamente, el hombre que está a mi lado vuelve en sí.

—Hala, ya podemos entrar —dice tan tranquila.

—Espera, espera, espera... ¿Cómo sabes que es tu padre?

—Bueno, eso no ha sido cosa mía, sino de mi tía Isabel. Al parecer, bueno, al parecer no, que es una realidad, soy prácticamente igual a ella cuando tenía su edad.

»Al principio pensó que era imposible, pero al ver cómo reaccionaba su hermano contigo, empezó a pensar que os conocíais de antes, y entonces recordó una noche de hermanos de hace un montón de años. Solo tuvo que hacer cuentas, atar cabos y sacar la caja de los recuerdos de Encarna, mi bisabuela, por cierto.

»Y cuando vio la foto, no le quedaron dudas, así que habló conmigo y, entre todos, orquestamos un gran plan.

—¿Un plan a nuestras espaldas? —reacciona al fin Lucciano.

—Sí, aquel día en el centro comercial, mi móvil tenía batería, solo lo apagué. Había hablado con tu hermana, y mi tía Leyre y yo nos organizamos para que mamá me dejara ir. A partir de ahí, todo era muy previsible. Tú no me dejarías sola vagando, y mi madre no dudaría en ir a matarme por no tener batería en el móvil.

»Por cierto, mamá, tengo novio, y fue el chico que te empujó para que cayeras en sus brazos. Pensamos que la cercanía te haría recordar, pero no fue así, y tuvimos que ir improvisando. Por eso te invitó Isabel a salir la noche de tu cumpleaños.

—Madre mía, esto es una locura. ¿Y tú qué opinas de...?

—¿De que sea mi padre? Pues, a ver, al principio me jodió tela, porque te dejó en la estacada, pero Isabel me dijo que no paró de buscarte, incluso ella estuvo llamando al número que le diste, y fue cuando nos dimos cuenta de que había un número que estaba mal. Por eso el interés en que se acabara la batería del móvil en el centro comercial, para que se quedara tu número grabado en su teléfono y la confusión le diera la pista de que no se lo diste mal queriendo, que solo fue una malinterpretación de un número.

»Me estoy desviando, ¿verdad? —Asiento y continúa—: Pues eso, que entonces entendí que todo fue un malentendido, y la verdad es que me cayó bien desde el primer momento, así que no me importaría conocer un poquito más al hombre que me engendró para decidir si lo quiero en mi vida como mi padre o no.

—Joder, cualquiera diría que tiene quince años, Nursi... Digna bisnieta de su bisabuela.

—Por cierto, los Reyes están cerca, y como tienes bastante pasta, quiero un iPhone... Que es broma, hombre, que ya sé que es el regalo de mi madre este año. Anda, vamos, que todos nos esperan para comer.

Carola desaparece por la puerta de la casa de Luisa y Lucciano y yo nos quedamos pasmados mirándola.

—¿Y ahora qué? —pregunto más para mí misma que a él.

Lucciano se pone delante de mí, toma mi cara entre sus manos, obligándome a mirarlo y me besa con ternura.

—Ahora vamos a entrar ahí para celebrar con nuestras familias que no hay nada más hermoso y verdadero que el amor que nace en Navidad.

Sonrío, nos tomamos de la mano y nos disponemos a entrar.

Y algo muy dentro de mí me dice que este momento va a ser el primer motivo que voy a tener para amar la Navidad.

EPÍLOGO

Carola

Virgen santa, donde pone el ojo, pone la bala. ¿Que no me crees? Pues pregúntaselo a mi madre, que vuelve a estar embarazada. Verás qué puntería que mi hermano o hermana nace el mismo día que yo, si es que lo estoy viendo venir. Pero ¿estos dos no saben que existen los métodos anticonceptivos? De verdad que no lo entiendo. Aunque no me extraña que mi madre se haya quedado embarazada, porque es que no pasa ni una noche en casa, y cada mañana vuelve con una cara de felicidad de la hostia.

Por aquí todo sigue como siempre, a excepción de que mi padre ha comprado un terreno en las afueras, y en cuanto llegue el buen tiempo, dará comienzo la obra de nuestra casa, que, como es de esperar, ha diseñado él, aunque tengo que chulear un poco, porque yo lo he ayudado con eso, y está superorgulloso de mí.

Sí, no tardó más de un par de días en tenerme en el bote. Y no, no es porque tenga un montón de dinero, sino porque desde el 25 de diciembre, mi madre es feliz como jamás la he visto en mis casi dieciséis años de vida, y eso solo puede conseguirlo una persona que te ame de la misma forma que tú lo amas.

Y poco más tengo que contaros. Bueno, sí, no veas la revolución que se montó en el pueblo cuando se supo todo, incluso llegó la historia hasta Cádiz, y una escritora de Jerez decidió contarla en un relato...

Por cierto, Noni, que sepas que viene otro bombazo de camino, y con la puntería que tiene esta familia con las fechas, me da que tendrás historia que contar para San Valentín.

¿Que de quién? Solo te digo que todo queda en familia, y hasta ahí puedo contar.

¡Nos vemos en el próximo relato!

AGRADECIMIENTOS

Estos agradecimientos van a ser cortitos, tanto como el relato. Ja, ja, ja.

Gracias a mis Purpus, a mis lectoras cero, a mi familia y todos los que me apoyáis en cada aventura, sin vosotros, no sería nada.

Pero el gracias más grande va para mi Comando G; Gema, Dani, Edine y Nesa. Gracias por las risas, por los kilómetros y por vuestra amistad. Os quiero, petardas.

¡Nos vemos en la próxima!